
YOSEF
El precio de convertirse en rabí
Una novela histórica sobre el esfuerzo, los sacrificios y la preparación de un maestro de las Escrituras en la Galilea del siglo I.
YOSEF
Dr. Elio M Rivera

Contenido

..... 0
YOSEF..... 0
Prologo 3
El precio de aprender para poder enseñar..... 3
El Maestro que nos dejó el ejemplo..... 7
¿Por qué aceptó semejante humillación? 9
Capítulo 1..... 12
01. El día que nació un sueño..... 12
Capítulo 2. A los cinco años: las primeras palabras de la Torá..... 24
Paralelismo bíblico — Jesús también creció en sabiduría 40

© 2026 Editorial Cristopedia

Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción y distribución gratuita de esta obra con fines educativos, ministeriales y de edificación, siempre que el contenido no sea modificado y se reconozca la autoría del Dr. Elio M. Rivera.

Esta obra no puede venderse ni utilizarse con fines comerciales sin autorización expresa del autor.

Prologo

El precio de aprender para poder enseñar

Hay algo acerca de la vida de Jesús que merece una consideración mucho más profunda de la que habitualmente le concedemos.

Jesús vino a enseñarnos.

No solamente vino a morir por nuestros pecados.

Vino a mostrarnos al Padre, a revelarnos la verdad, a enseñarnos el camino de la justicia y a conducirnos hacia la vida eterna.

Pero antes de comenzar su ministerio público, vivió durante muchos años en Nazaret.

Y durante aquellos años sucedió algo extraordinario.

El Hijo de Dios creció en sabiduría.

Lucas lo declara expresamente:

«Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres» (Lucas 2:52, RVR1960).

No podemos pasar por alto aquellas palabras.

El Verbo eterno, aquel por quien fueron creadas todas las cosas, había asumido una naturaleza verdaderamente humana.

Y en esa humanidad aceptó experimentar el crecimiento y el aprendizaje.

No dejó de ser Dios.

No perdió su naturaleza divina ni su conocimiento divino.

Pero tampoco utilizó su divinidad para convertir su existencia humana en una simple representación.

Aceptó vivir como hombre, con las condiciones y las exigencias propias de la vida humana, sin pecado.

Esto nos lleva a una pregunta que pocas veces nos hacemos:

¿Cuánto esfuerzo humano pudo representar para Jesús prepararse para enseñar las Escrituras?

Los Evangelios no nos revelan sus métodos de estudio, sus horarios ni los maestros humanos que pudieron intervenir en su formación.

Pero sí nos dicen que creció en sabiduría.

Y sabemos que perteneció a una nación en la que las Escrituras se aprendían escuchando, repitiendo, memorizando, preguntando y meditando.

El conocimiento profundo de la Torá no era una tarea insignificante.

Aprender sus palabras requería atención.

Recordar pasajes extensos exigía memoria y constancia.

Comprender su significado demandaba reflexión.

Relacionar diferentes porciones de las Escrituras requería conocimiento.

Y enseñar aquellas verdades a otras personas suponía una responsabilidad todavía mayor.

Ahora pensemos en Jesús.

No solamente como el Maestro que vemos enseñando a las multitudes.

Pensemos en el joven de Nazaret.

En el teckton.

En el hombre que conocía el esfuerzo físico.

En aquel que había vivido sujeto a José y María y que participaba en las responsabilidades de una familia.

Su vida no transcurría en un mundo donde todo estaba dispuesto para facilitarle el estudio.

Vivía en una sociedad donde había que trabajar para conseguir el sustento, donde las obligaciones familiares reclamaban tiempo y donde la vida religiosa exigía participación.

¿Cómo combinó todas aquellas responsabilidades con su crecimiento en sabiduría?

No lo sabemos con exactitud.

Pero vale la pena considerar lo que significaba aprender en aquel mundo.

Imaginemos a un joven trabajador de Galilea.

Ha salido antes del amanecer.

Ha caminado hasta el lugar donde consiguió trabajo.

Durante horas ha levantado piedras, transportado madera, preparado materiales y soportado el calor.

Sus manos están endurecidas.

Le duelen los hombros.

Las piernas comienzan a resentir el esfuerzo.

Cuando finalmente termina la jornada, todavía debe regresar caminando a su casa.

Allí lo esperan las necesidades de su familia.

Debe comer, asearse, atender sus obligaciones y descansar lo suficiente para volver a trabajar al día siguiente.

Pero también desea estudiar las Escrituras.

Cuando la oscuridad cubre la aldea, enciende una pequeña lámpara de aceite.

La luz es escasa.

No tiene una biblioteca llena de libros personales.

Los rollos de las Escrituras son valiosos y no están al alcance de cualquier trabajador.

Por eso escucha, repite, memoriza y procura conservar en su mente las palabras que ha aprendido.

Una vez.

Otra vez.

Y nuevamente.

El cuerpo le pide descanso.

Los ojos comienzan a cerrarse.

Quizá al día siguiente tenga que levantarse antes de que salga el sol.

Pero todavía hay algo que desea comprender.

Esa es una de las realidades que nuestra novela pretende hacer sentir al lector.

No afirmamos que conocemos una noche específica en la que Jesús estudiara bajo una lámpara de aceite después de trabajar.

Tampoco podemos asegurar cuántas horas dedicaba a memorizar las Escrituras ni si alguna vez permaneció desvelado por esa razón.

Pero conocemos las condiciones materiales de la vida de su tiempo, sabemos que trabajó como teckton y que creció en sabiduría.

Por eso, al contemplar las dificultades de un estudiante trabajador de Galilea, podemos aproximarnos al esfuerzo humano que podía implicar aquella preparación.

Y aquí se encuentra algo profundamente conmovedor.

Jesús no estaba preparándose para alcanzar fama, obtener reconocimiento o conseguir una posición entre los maestros de Israel.

Había venido para cumplir la voluntad de su Padre.

Había venido a enseñarnos.

Había venido a salvarnos.

Y aceptó voluntariamente recorrer el camino de una existencia humana verdadera.

No consideró indigno vivir bajo las condiciones de la nación en la que nació.

No consideró indigno obedecer a sus padres.

No consideró indigno trabajar con sus manos.

No consideró indigno crecer en sabiduría.

¡El Hijo de Dios aceptó todo aquello!

Y lo hizo por nosotros.

El Maestro que nos dejó el ejemplo

El apóstol Pablo escribió:

«Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido» (2 Timoteo 2:24, RVR1960).

Estas palabras fueron dirigidas a Timoteo y describen las cualidades que deben caracterizar a quienes sirven enseñando la verdad.

Pero nos recuerdan un principio fundamental.

Enseñar las cosas de Dios es una responsabilidad demasiado grande para tomarla a la ligera.

No basta con desear hablar delante de otras personas.

No basta con tener entusiasmo.

No basta con repetir algunas frases religiosas.

Quien pretende guiar a otros necesita conocer aquello que enseña, comprender las Escrituras y desarrollar la madurez necesaria para transmitirlas con fidelidad.

Jesús fue el ejemplo supremo de un Maestro cuya enseñanza y cuya vida estaban perfectamente unidas.

No enseñó una obediencia que él mismo rechazara practicar.

No llamó a otros a la humildad mientras vivía buscando privilegios.

No enseñó el servicio mientras se negaba a servir.

No exigió una fidelidad que él mismo no estuviera dispuesto a demostrar.

Y cuando llegó el momento de enseñar públicamente, las multitudes descubrieron una autoridad extraordinaria.

Pero antes de aquel momento habían transcurrido muchos años.

Años de infancia.

Años de crecimiento.

Años de vida familiar.

Años de trabajo.

Años en los que su humanidad se desarrolló verdaderamente.

No conocemos todos los acontecimientos de aquellos años.

Sin embargo, no debemos reducirlos a un simple tiempo de espera.

Jesús no apareció repentinamente a los treinta años para comenzar a vivir como hombre. Había vivido como hombre desde su nacimiento.

Y todo formó parte de su entrega voluntaria.

¿Por qué aceptó semejante humillación?

Porque nos amó.

Esta es la verdad que deseo que permanezca en el corazón del lector durante toda la novela.

Jesús pudo haber venido manifestando su gloria.

Pudo haber sido reconocido inmediatamente por todos como el Señor del universo.

Pero el camino que escogió fue diferente.

Nació en humildad.

Creció en una familia.

Vivió bajo la Ley.

Conoció las necesidades humanas.

Trabajó.

Experimentó cansancio.

Aprendió la obediencia por lo que padeció, como declara Hebreos 5:8.

Y finalmente entregó su vida en la cruz.

El apóstol Pablo escribió:

«...se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filipenses 2:8, RVR1960).

Pero aquella obediencia hasta la muerte estuvo precedida por una vida de obediencia.

El Calvario fue la culminación de su sacrificio redentor, no el comienzo de su disposición a humillarse.

Por eso, cuando pensemos en Jesús trabajando bajo el sol de Galilea, recordemos que no estaba allí por casualidad.

Cuando contemplemos su vida familiar, recordemos que aceptó voluntariamente vivir sujeto a sus padres.

Y cuando consideremos su crecimiento en sabiduría, recordemos que el Hijo eterno aceptó experimentar el desarrollo propio de una verdadera vida humana.

No vino a tomar atajos para evitar nuestra condición. Vino a asumirla para redimirnos.

Aquel que enseñaría acerca del amor vivió por amor.

Aquel que hablaría de obediencia obedeció.

Aquel que enseñaría a servir tomó forma de siervo.

Y aquel que nos llamaría a seguirlo recorrió primero el camino de la humillación.

Por eso escribimos esta novela.

Para que, acompañando a Yosef en sus años de estudio, trabajo, cansancio, sacrificio y preparación, podamos comprender mejor las condiciones humanas del mundo en que vivió Jesús.

No porque Yosef represente exactamente su vida.

Sino porque su historia nos permitirá acercarnos a una realidad que muchas veces hemos pasado por alto.

El Hijo de Dios no solamente aceptó morir por nosotros. También aceptó vivir verdaderamente como uno de nosotros.

Y si algo debe acompañarnos mientras recorremos estas páginas, es esta verdad:

Jesús no tomó a la ligera su misión de enseñarnos, servirnos y salvarnos. Toda su vida terrenal fue una expresión de su obediencia al Padre y de su amor por nosotros.

VER LIBRO COMPLETO AQUI

Yosef: El precio de convertirse en Rabí — Museo Vida y Obra de Jesucristo

Capítulo 1: El día que nació un sueño

Jerusalén, durante la fiesta de la Pascua

Yosef nunca había visto tanta gente.

Había hombres que gritaban para abrirse paso, mujeres que sujetaban fuertemente las manos de sus hijos, comerciantes que ofrecían sus mercancías y peregrinos que avanzaban por las calles estrechas de Jerusalén.

El olor del pan recién horneado se mezclaba con el sudor de los viajeros, el humo de los fogones y el polvo que levantaban miles de sandalias.

Desde algún lugar se escuchaba el balido de los corderos.

Yosef tenía apenas ocho años.

Había viajado desde Galilea con sus padres y otros familiares para celebrar la Pascua. Durante el camino había escuchado tantas historias acerca de Jerusalén que estaba convencido de que ninguna ciudad del mundo podía compararse con ella.

Pero ahora que se encontraba allí, apenas podía comprender lo que sus ojos contemplaban.

—No te apartes —le advirtió su padre.

Yosef asintió.

Su padre, un teckton acostumbrado a trabajar la madera y la piedra, llevaba varios días soportando el cansancio del viaje. Sus manos endurecidas sujetaban un pequeño envoltorio con algunas provisiones.

—¿Ya vamos al Templo? —preguntó el niño.

—Todavía falta.

—¿Y podremos entrar?

—Ya lo verás. Pero primero tenemos que encontrar a los demás.

Yosef volvió la mirada hacia los edificios que se levantaban sobre las calles.

Había visto casas grandes en algunas poblaciones de Galilea, pero nada semejante a aquello.

Sin embargo, no fueron los edificios los que cambiaron su vida.

Fueron unos hombres.

Todo comenzó cuando su padre se detuvo cerca de uno de los espacios donde se reunían los peregrinos.

Un grupo de personas formaba un círculo alrededor de un hombre de barba entrecana. Vestía con sencillez y hablaba sin levantar demasiado la voz.

Yosef no alcanzaba a verlo bien.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

—Escuchando a un maestro.

—¿Un maestro de niños?

Su padre sonrió.

—Un maestro de la Ley.

El niño se puso de puntillas.

El hombre estaba respondiendo una pregunta relacionada con las Escrituras. A su alrededor había otros hombres que escuchaban atentamente. Algunos asentían; otros parecían no estar de acuerdo.

Entonces uno de ellos lo interrumpió.

—Pero si eso es así, ¿cómo explicas lo que dijo Moisés?

El maestro guardó silencio.

Yosef pensó que no sabía qué responder.

Pero el hombre levantó la mirada y comenzó a citar un pasaje de la Torá.

No tenía ningún rollo abierto delante de él.

Pronunció las palabras de memoria.

Después recordó otro pasaje.

Y luego otro.

Uno de los presentes sonrió, como si hubiera comprendido algo que hasta ese momento le resultaba difícil.

Otro volvió a preguntar.

El maestro respondió nuevamente.

Yosef quedó inmóvil.

Había escuchado las Escrituras en su aldea. Conocía algunas oraciones y podía repetir fragmentos que su madre le había enseñado.

Pero nunca había visto a un hombre manejar las palabras sagradas de aquella manera.

Parecía conocer cada historia, cada mandamiento y cada respuesta.

Lo que más lo impresionó no fue solamente cuánto sabía.

Fue observar cómo los demás lo escuchaban.

Hombres mayores que su padre aguardaban pacientemente para hacerle preguntas.

Nadie parecía interesado en sus riquezas ni en sus posesiones.

Acudían a él porque tenía algo que ellos deseaban recibir.

Conocimiento.

—Padre...

—¿Qué sucede?

—¿Quién es ese hombre?

—Ya te dije. Es un maestro de la Ley.

—¿Y cómo sabe tantas cosas?

—Porque ha dedicado muchos años a estudiar.

Yosef volvió a mirar al hombre.

Muchos años.

Aquellas palabras quedaron dando vueltas en su pensamiento.

—¿Cuántos años?

—No lo sé, hijo.

—¿Más de los que yo tengo?

Su padre soltó una pequeña carcajada.

—Muchísimos más.

Yosef no se rio.

Estaba haciendo cuentas.

La multitud comenzó a moverse.

Su padre le indicó que debían continuar.

Pero Yosef no quería marcharse.

—Espera un poco.

—Tenemos que irnos.

—Solamente un momento.

El maestro acababa de responder otra pregunta.

Entonces un hombre que se encontraba entre los oyentes dijo algo que Yosef no logró escuchar.

Varios comenzaron a discutir.

Uno levantó la voz.

Otro negó con la cabeza.

Por primera vez, Yosef descubrió que los hombres que estudiaban las mismas Escrituras podían no estar de acuerdo acerca de su significado.

Aquello lo desconcertó.

Si todos leían las palabras de Moisés, ¿por qué no todos entendían lo mismo?

Quiso preguntárselo al maestro.

Pero era demasiado pequeño para abrirse paso entre aquellos hombres.

Además, su padre ya se alejaba.

—¡Yosef!

El niño se volvió.

Había perdido de vista a su madre.

Y a sus hermanos.

Por un instante sintió miedo.

La multitud continuaba moviéndose en todas direcciones.

—¡Aquí estoy!

Su padre regresó rápidamente, lo tomó del brazo y lo apartó del grupo.

—Te dije que no te separaras.

—Perdóname.

—Jerusalén no es nuestra aldea. Aquí puedes perderte antes de que nos demos cuenta.

Yosef bajó la cabeza.

Caminaron un trecho en silencio.

Pero finalmente el niño no pudo contener la pregunta.

—Padre, ¿cómo se convierte alguien en maestro?

—Estudiando.

—¿Y quién le enseña?

—Otros maestros.

—¿Y después?

Su padre lo miró.

—¿Después de qué?

—Después de aprenderlo todo.

El hombre sonrió.

—No creo que nadie termine de aprenderlo todo, Yosef.

Aquella respuesta no lo satisfizo.

Había demasiadas cosas que todavía quería saber.

Esa noche, mientras su familia descansaba en el alojamiento que habían conseguido durante la fiesta, Yosef permaneció despierto.

Sus hermanos dormían cerca de él.

Su madre había terminado de acomodar algunas pertenencias y su padre conversaba en voz baja con un familiar.

La lámpara de aceite proyectaba sombras sobre las paredes.

Yosef observaba la pequeña llama.

Recordaba al maestro.

Su voz.

Las preguntas.

Los hombres escuchándolo.

Y, sobre todo, aquellas palabras que había pronunciado sin necesidad de consultar un rollo.

Finalmente se incorporó.

—Padre.

—¿Todavía estás despierto?

—Sí.

—Mañana tendremos un día largo. Debes dormir.

Yosef vaciló.

—Quiero preguntarte algo.

Su padre dejó de conversar.

—Dime.

El niño apretó las manos sobre sus rodillas.

—¿Un hijo de un teckton puede llegar a ser maestro de la Ley?

Su padre no respondió inmediatamente.

La pregunta lo había sorprendido.

Miró a su esposa, que también había levantado la cabeza.

—¿Por qué quieres saberlo?

Yosef recordó el círculo de hombres reunidos aquella tarde.

Recordó las preguntas y las respuestas.

Recordó cómo todos guardaban silencio cuando el maestro hablaba.

—Porque quiero ser como aquel hombre que vimos hoy.

Su padre lo contempló durante unos momentos.

—Yosef, convertirse en un maestro no es algo sencillo.

—Lo sé.

—No, hijo. Todavía no lo sabes.

El niño permaneció callado.

—Hay hombres que pasan muchos años aprendiendo las Escrituras. Necesitan maestros que los instruyan. Tiempo para estudiar. Y nosotros...

Se interrumpió.

Yosef esperó.

—Nosotros tenemos que trabajar.

El niño miró las manos de su padre.

Las conocía bien.

Había visto las heridas que dejaban las piedras, las astillas que se enterraban en la piel y las pequeñas grietas que aparecían después de largas jornadas.

Sabía que en su casa nada llegaba sin esfuerzo.

—Yo también puedo trabajar —respondió.

Su padre sonrió con tristeza.

—Eso tendrás que hacerlo, hijo.

Yosef bajó la mirada.

Durante algunos instantes nadie habló.

Entonces su madre se acercó y le acomodó el cabello.

—Ahora duerme. Todavía eres pequeño.

El niño obedeció.

Pero antes de cerrar los ojos hizo una última pregunta.

—Padre...

—¿Qué sucede ahora?

—¿Tú crees que algún día alguien me llamará rabí?

Su padre contempló la lámpara.

Esta vez tardó más en responder.

—No lo sé, Yosef.

Y aquella respuesta fue lo último que el niño escuchó antes de quedarse dormido.

A la mañana siguiente, Jerusalén volvió a llenarse de peregrinos.

Los sacerdotes continuaron con sus obligaciones.

Los comerciantes abrieron sus puestos.

Los maestros siguieron respondiendo preguntas.

Y miles de personas recorrieron las calles sin saber que, entre ellas, caminaba un niño de Galilea que había comenzado a imaginar un futuro muy diferente del que su familia esperaba.

Yosef todavía no sabía leer con soltura.

No conocía las exigencias del estudio avanzado.

No sabía cuánto costaba aprender, ni cuántas veces tendría que escoger entre el trabajo y las Escrituras.

Tampoco sabía que habría noches en las que el cansancio sería más fuerte que sus deseos, ni que algunas personas llegarían a burlarse de aquel sueño.

Por ahora solamente sabía una cosa.

Quería regresar a Jerusalén.

Y la próxima vez no quería limitarse a escuchar desde el fondo de la multitud.

Quería ser uno de aquellos hombres a quienes los demás llamaban maestros.

Pero antes tendría que regresar a Galilea.

A la pequeña casa de su familia.

Al trabajo de su padre.

Y a una vida en la que los sueños de un niño no siempre tenían lugar entre las necesidades de cada día.

VER LIBRO COMPLETO AQUI

Yosef: El precio de convertirse en Rabí — Museo Vida y Obra de Jesucristo

Capítulo 2. A los cinco años: las primeras palabras de la Torá

Galilea, tres años antes de aquel encuentro en Jerusalén.

—Otra vez, Yosef.

El niño bajó la cabeza.

—Pero ya lo dije, padre.

—Lo dijiste mal.

—Solamente me equivoqué en una palabra.

Su padre dejó sobre el suelo la herramienta que estaba reparando y levantó la mirada.

—Una palabra puede cambiar el significado de lo que estás diciendo.

Yosef apretó los labios.

Tenía cinco años y comenzaba a descubrir que aprender las Escrituras podía ser mucho más difícil que cargar pequeños trozos de madera o ayudar a su madre a recoger las cosas de la casa.

Había repetido las mismas palabras tantas veces aquella mañana que comenzaban a confundirse en su cabeza.

Y lo peor era que su hermano mayor las había aprendido mucho más rápido.

—Escucha —dijo su padre—. Una vez más.

El hombre comenzó a recitar lentamente:

—*Shemá Yisrael, Adonai Eloheinu, Adonai Ejad.*

Después guardó silencio.

Yosef conocía aquellas palabras. Las había escuchado desde que podía recordar. Su madre las pronunciaba y su padre las repetía con reverencia.

Pero una cosa era escucharlas.

Y otra muy distinta era repetirlas sin equivocarse cuando alguien esperaba una respuesta.

—*Shemá Yisrael...*

Se detuvo.

Su padre esperó.

—Continúa.

Yosef miró hacia la puerta.

Afuera, otros niños jugaban.

Podía escuchar sus voces y el ruido de sus pies sobre la tierra.

Uno de ellos lo llamó por su nombre.

El pequeño volvió la cabeza.

—Yosef —dijo su padre.

—Sí.

—Mírame.

El niño obedeció.

—¿Qué estabas haciendo?

—Escuchando.

—No. Estabas pensando en salir.

Yosef no respondió.

Su padre suspiró.

—Termina y podrás ir con ellos.

El niño volvió a comenzar.

La casa era pequeña.

Sus paredes de piedra conservaban el frío de la noche durante las primeras horas de la mañana. El suelo, endurecido por años de uso, estaba cubierto parcialmente por esteras. Cerca de la entrada había algunas vasijas y utensilios domésticos.

Su madre había encendido el fuego desde temprano.

El olor del pan comenzaba a llenar la habitación.

Mientras trabajaba, vigilaba a los niños más pequeños y escuchaba, sin intervenir, la lección que su esposo intentaba enseñar.

No era la primera vez que Yosef tenía dificultades.

Desde hacía varias semanas su padre había comenzado a dedicarle algunos momentos para enseñarle las palabras de la Torá.

El tiempo era escaso.

Había jornadas en las que debía salir antes del amanecer y regresaba cuando la luz estaba desapareciendo. En otras ocasiones encontraba trabajo cerca de la aldea y podía permanecer algunas horas más en casa.

Aquel día había conseguido un encargo que podía realizar junto a la entrada.

Por eso había decidido aprovechar la mañana.

—Ven —le dijo al niño.

Yosef se acercó.

Su padre tomó un pequeño trozo de madera y trazó sobre la tierra una figura.

—Esta es una letra.

El niño se inclinó.

La observó cuidadosamente.

—¿Cómo se llama?

Su padre se lo explicó.

Después trazó otra.

Y otra más.

Yosef intentó repetir sus nombres.

Al principio le pareció sencillo.

Pero cuando su padre borró las figuras y volvió a dibujarlas en un orden diferente, comenzó a confundirse.

—Esa ya te la enseñé.

—No me acuerdo.

—Mírala bien.

—La estoy mirando.

—Entonces piensa.

Yosef frunció el ceño.

Quería responder correctamente.

Sabía que su padre estaba cansado y que no disponía de toda la mañana para enseñarle.

Pero cuanto más intentaba recordar, más difícil le resultaba.

Finalmente señaló una de las letras.

—Esa.

—No.

Su hermano mayor, que había estado observando desde un rincón, soltó una carcajada.

—¡Ni siquiera puede reconocerla!

Yosef sintió que le ardían las mejillas.

—¡Sí puedo!

—Entonces, ¿por qué te equivocas?

—¡Porque tú no me dejas pensar!

—Basta —intervino su padre.

Los dos guardaron silencio.

El hombre miró al mayor.

—Si ya sabes reconocerlas, no necesitas demostrarlo burlándote de tu hermano.

Después volvió hacia Yosef.

—Y tú debes aprender a escuchar sin enojarte.

El niño bajó los ojos.

Aquella mañana comenzaba a parecer interminable.

Cuando finalmente le permitieron salir, Yosef corrió hacia los demás niños.

El aire estaba fresco.

Las calles de la pequeña aldea eran estrechas e irregulares. Entre las viviendas aparecían espacios abiertos donde los niños podían reunirse sin estorbar demasiado el paso de los adultos.

Un grupo jugaba cerca de unas piedras.

—¡Yosef! —gritó uno de sus amigos—. ¡Ven!

El pequeño se apresuró a reunirse con ellos.

Durante un rato olvidó completamente las letras.

Corrió.

Tropezó.

Se levantó con las rodillas cubiertas de polvo.

Discutió con otro niño acerca de quién había ganado.

Y volvió a correr.

Pero cuando el sol comenzó a elevarse, su madre apareció cerca de la entrada de la casa.

—¡Yosef!

El niño fingió no escuchar.

—¡Yosef, te estoy hablando!

Sus compañeros comenzaron a reír.

—¡Te llama tu madre!

—¡Ya voy!

No fue inmediatamente.

Esperó unos momentos, con la esperanza de que ella cambiara de opinión.

No ocurrió.

Cuando finalmente entró, encontró una pequeña vasija junto a la puerta.

—Necesito que me ayudes —dijo su madre.

—Estábamos jugando.

—Ya lo sé.

—¿Puedo regresar después?

—Cuando terminemos.

Yosef miró la vasija.

No era demasiado grande, pero sabía que tendría que acompañarla para traer agua.

—¿Por qué no va mi hermano?

Su madre se volvió hacia él.

—Porque ahora te lo estoy pidiendo a ti.

El niño comprendió que no habría discusión.

Tomó la vasija y salió detrás de ella.

Mientras caminaban, su madre comenzó a repetir en voz baja las palabras que había escuchado aquella mañana.

—*Shemá Yisrael*...

Yosef la miró.

—¿También aquí?

Ella sonrió.

—También aquí.

—Pero ya estudié.

—No estamos estudiando. Estamos recordando.

El niño guardó silencio.

Su madre continuó:

—«Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es».

Después lo miró.

—¿Sabes por qué repetimos estas palabras?

—Porque tenemos que aprenderlas.

—¿Y para qué debemos aprenderlas?

Yosef pensó un momento.

—Para no equivocarnos.

Su madre dejó escapar una pequeña risa.

—No, hijo. Para recordar quién es nuestro Dios.

Continuaron caminando.

Yosef no comprendió completamente la explicación.

Pero aquella conversación le resultó mucho más agradable que permanecer sentado frente a las letras dibujadas en la tierra.

Aquella tarde ocurrió algo que Yosef no olvidaría fácilmente.

Su padre había regresado a trabajar y el niño se encontraba cerca de él, observando cómo ajustaba dos piezas de madera.

Le gustaba mirar sus manos.

Eran grandes, ásperas y estaban marcadas por pequeñas heridas.

Cuando sostenía una herramienta, parecía saber exactamente lo que debía hacer.

Yosef pensaba que su padre podía construir cualquier cosa.

—¿Puedo ayudarte?

—Sujeta esto.

El niño obedeció.

Durante algunos momentos trabajaron en silencio.

Entonces Yosef preguntó:

—Padre, ¿tú sabes todas las palabras de la Torá?

El hombre sonrió.

—No.

La respuesta lo sorprendió.

—¿No?

—No todas.

—¿Y quién las sabe?

Su padre dejó de trabajar.

—Hay hombres que dedican muchos años a estudiar las Escrituras. Algunos conocen grandes partes de memoria y pueden explicarlas.

—¿Dónde están?

—En muchas poblaciones hay hombres instruidos. También los encontrarás en Jerusalén.

Yosef levantó la cabeza.

Había escuchado hablar de aquella ciudad.

Su familia mencionaba Jerusalén especialmente cuando se acercaban las fiestas.

—¿Ellos conocen todas las letras?

—Muchas más de las que tú conoces.

—¿Y nunca se equivocan?

Su padre soltó una carcajada.

—Claro que se equivocan. Son hombres, Yosef.

El niño pareció decepcionado.

—Entonces, ¿por qué estudian tanto?

Su padre dejó la herramienta sobre el suelo.

—Porque las Escrituras son importantes. Y porque quien desea enseñarlas debe esforzarse primero por comprenderlas.

Yosef permaneció pensativo.

Después volvió a mirar las manos de su padre.

—¿Tú querías ser uno de ellos?

La pregunta tomó al hombre por sorpresa.

Durante unos instantes no respondió.

—Cuando era niño quería muchas cosas.

—¿Como cuáles?

—Algunas que pude hacer. Otras que no.

—¿Por qué?

Su padre recogió nuevamente la herramienta.

—Porque a veces la vida nos lleva por caminos que no habíamos imaginado.

Yosef no comprendió aquellas palabras.

Todavía era demasiado pequeño.

Pero observó que su padre había dejado de sonreír.

Los días siguientes no fueron más fáciles.

Yosef continuó aprendiendo algunas letras y repitiendo pasajes breves.

Había mañanas en las que recordaba casi todo.

Otras veces parecía haber olvidado incluso lo que había aprendido el día anterior.

Su padre debía corregirlo.

Su madre encontraba maneras de ayudarlo mientras realizaban las tareas de la casa.

Y su hermano mayor seguía aprendiendo más rápido.

Una tarde, después de equivocarse varias veces delante de todos, Yosef se negó a continuar.

—No quiero.

Su padre lo miró.

—¿Qué dijiste?

—Que no quiero seguir.

—¿Por qué?

El niño apretó los puños.

—Porque nunca me sale bien.

Su hermano abrió la boca para decir algo, pero una mirada de su madre lo hizo guardar silencio.

El padre se sentó junto a Yosef.

—Escúchame.

El niño volvió la cara.

—Yosef.

No respondió.

—Mírame, hijo.

Finalmente obedeció.

—¿Recuerdas cuando intentaste cargar aquella piedra junto a la casa?

El pequeño asintió.

—No podías levantarla.

—Era muy pesada.

—¿Y qué hiciste?

—La empujé.

—Tampoco pudiste moverla.

Yosef bajó la mirada.

—Después me ayudaste.

—Así es.

Su padre señaló las letras trazadas sobre el suelo.

—Esto también es un trabajo. Pero no se hace con los brazos.

El niño observó las figuras.

—¿Y si nunca puedo aprenderlas?

Su padre permaneció callado un momento.

—Entonces seguiremos intentándolo.

—¿Todos los días?

—Los días que podamos.

Yosef suspiró.

—Son muchos días.

Su padre sonrió.

—Todavía no sabes cuántos.

Al llegar el sábado, la familia se preparó para acudir a la reunión de la comunidad.

Yosef había visto muchas veces cómo los adultos escuchaban las Escrituras con atención.

Aquella mañana, sin embargo, ocurrió algo diferente.

Mientras escuchaba la recitación de un pasaje, reconoció algunas palabras.

No comprendía todo.

Ni siquiera podía explicar completamente lo que estaba escuchando.

Pero aquellas palabras ya no le resultaban desconocidas.

Eran las mismas que había repetido junto a su padre.

Las que su madre pronunciaba mientras caminaban.

Las que tantas veces había olvidado.

Yosef levantó la cabeza.

Escuchó con mayor atención.

Por primera vez experimentó la satisfacción de reconocer algo que antes le parecía imposible.

Cuando terminó la reunión, se acercó a su padre.

—Hoy dijeron las palabras que aprendimos.

—Así es.

—Las reconocí.

—Me di cuenta.

El niño sonrió.

—No me equivoqué.

Su padre le puso una mano sobre el hombro.

—Hoy no.

Yosef esperaba que añadiera algo más.

Quizá una felicitación.

Quizá que ya había aprendido suficiente.

Pero su padre solamente dijo:

—Mañana continuaremos.

El pequeño dejó escapar un suspiro tan profundo que su madre comenzó a reír.

Aquella noche, Yosef se acostó junto a sus hermanos.

La casa estaba tranquila.

Afuera se escuchaban algunas voces lejanas y el ruido ocasional de un animal.

Su padre había terminado de guardar las herramientas.

Su madre apagó la lámpara.

En la oscuridad, Yosef comenzó a repetir las palabras que había aprendido.

Muy despacio.

Casi sin mover los labios.

—*Shemá Yisrael*...

Se detuvo.

Había olvidado lo que seguía.

Cerró los ojos con fuerza.

Intentó recordar la voz de su padre.

Después la de su madre.

Finalmente las palabras regresaron.

Las pronunció completas.

Y sonrió en la oscuridad.

Nadie lo escuchó.

Nadie lo felicitó.

Pero aquella pequeña victoria le pertenecía.

Tres años después, cuando viajara a Jerusalén y contemplara por primera vez a los grandes maestros de las Escrituras, Yosef recordaría muy poco de aquellas mañanas sentado junto a su padre.

No recordaría cada corrección.

Ni todas las lágrimas de frustración.

Pero las primeras palabras de la Torá seguirían acompañándolo.

Y cuando naciera en su corazón el deseo de convertirse en rabí, todavía ignoraría cuántas veces tendría que regresar a aquella misma experiencia:

Intentar comprender algo que parecía demasiado difícil, equivocarse y comenzar nuevamente.

Paralelismo bíblico — Jesús también creció en sabiduría

El Evangelio de Lucas declara acerca de Jesús:

«Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres». — Lucas 2:52, RVR1960.

No conocemos los métodos específicos mediante los cuales Jesús aprendió a leer las Escrituras, ni podemos afirmar que siguiera exactamente la educación que hemos representado en la vida ficticia de Yosef.

Sin embargo, Lucas nos permite reconocer una realidad extraordinaria: el Hijo de Dios experimentó verdaderamente el crecimiento humano.

Aquel que más adelante enseñaría con una autoridad que maravillaría a las multitudes también conoció la infancia.

Y el Verbo eterno, hecho carne, creció en sabiduría y en estatura.

VER LIBRO COMPLETO AQUI

Yosef: El precio de convertirse en Rabí — Museo Vida y Obra de Jesucristo